



Por Yurislenia
Pardo Ortega

El bloqueo no es el único culpable

Es verdad que el bloqueo impuesto por el Gobierno de los Estados Unidos a Cuba desde 1962 no es el único responsable de todos los problemas con los que nos enfrentamos los cubanos en el día a día. Es verdad que hay mala gestión de algunos decisores, que hay trabas y burocratismo, que el salario no alcanza, y que también, aunque nos duela, hay desidia.

Es verdad que el 70 % de nosotros nacimos bajo el bloqueo y que por esa razón se hace más difícil hablarles a las personas del tema que los ha acompañado toda su vida, que desde la escuela, el barrio y los medios de prensa se ha “campaneado” una y otra vez.

Es verdad que la rutina nos agobia, como lo es además, pero también que entre abril del 2016 y junio del 2017 el “famoso” bloqueo le ha causado pérdidas a este

país en el orden de los 4 305,4 millones de dólares; costo anual que representa para este archipiélago el doble de lo necesario para el desarrollo total de su economía.

Son múltiples los ejemplos que nos demuestran que si el mal llamado embargo no existiera, fuera mejor la calidad de vida de los hijos de esta tierra, algunos de ellos aparecen en el informe sobre la resolución 71/5 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, titulada Necesidad de poner fin al bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los Estados Unidos de América contra Cuba, el cual presentará la Isla ante la ONU el miércoles 1ro. de noviembre.

Y es que ningún ámbito en la nación queda fuera del alcance macabro de tal ley. Hablo de temas como la alimentación y el transporte, que son para los que aquí vivimos el mismísimo “dolor de Lola”, también de la educación, la salud, la cultura y el deporte, las industrias, las comunicacio-

nes y la informática, el turismo, la infraestructura hidráulica, la inversión extranjera, entre otros frentes de la economía y sociedad cubanas.

No son historias, ni manipulación política como algunos quieren hacer creer. Para desarrollar un país hace falta dinero y precisamente el indicador que mayor perjuicio registra este año (al igual que los anteriores) son los ingresos dejados de percibir por exportaciones de bienes y servicios, que representan el 83,6 % del total de las afectaciones.

Nadie puede negar que la política de bloqueo estadounidense continúa como una violación masiva, flagrante y sistemática de los derechos humanos del pueblo cubano y que califica como acto de genocidio. La misma constituye el mayor obstáculo para la implementación del Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social del país, y para el progreso en general de todas las potencialidades de la economía.

Es verdad que varios de los problemas que padecemos no son responsabilidad del bloqueo norteamericano sino del “bloqueo interno”, como le llama la *vox populi* a todo lo que desde adentro nos afecta, pero también es verdad que cualquier fallo “criollo” es incomparablemente menor que el hecho de que el Gobierno de los Estados Unidos no desiste en su intento de aislar, asfixiar e inmovilizar a este archipiélago y a su gente, y que ese sigue siendo el principal freno a nuestras mejoras.

No me dejarán mentir las nuevas medidas anunciadas en junio pasado por el presidente Donald Trump, el cual proclama entre sus principales objetivos, reducir el bloqueo, aunque para eso dañe además a los ciudadanos y entidades de EE.UU., cuyas posibilidades de concertar negocios con personas y empresas en Cuba y de ejercer su derecho constitucional de viajar libremente se verán aún más restringidos.

Fidel, Adys y las 50 guayabas

Por Enrique Atiénzar Rivero. Foto: Otilio Rivero Delgado

Adys Figueredo Fernández de Carcava conoció a Fidel a finales de agosto de 1958 en La Plata, en la Sierra Maestra, tras la ofensiva de verano del Ejército Rebelde. En Camagüey sufrió persecución, detenciones y tomó el camino de la lucha clandestina con diecinueve años, aunque con apenas 15 se forjó como revolucionaria en un entorno familiar hostil que la llevó a ver la vida de otra manera.

“Ese día Fidel estaba haciendo prácticas de tiro con la pistola, y como blanco usó una moneda situada en un arbolito. No era en la misma comandancia, sino un poco más lejos. No recuerdo quien me llevó. No fue Celia, pero alguien me dijo: ‘Vamos para que conozca a Fidel’. Él tenía la referencia de dos camagüeyanas que estaban alzadas y lanzó la pregunta: ‘¿Tú eres la camagüeyana que se comió las 50 guayabas?’.

“Le habían dicho que yo padecía gastroenteritis por el agua contaminada que tomé del río y me había comido un montón de guayabas. Me preguntó por Dalia García Barbán, quien se quedó en el campamento de Providencia”.

A los pocos días de ese intercambio, Celia Sánchez Manduley indagó si se atrevía a pasar por Camagüey para cumplir misiones en el llano, porque Teté (Puebla, actual generala retirada de las FAR), estaba en otra misión.

Para ella era un riesgo tremendo pues antes de ascender a la montaña estuvo detenida en la unidad de la Policía de la calle Avellaneda. Pero encontró la fórmula para burlar a los sicarios del régimen, no bajar del ómnibus y hacerse la dormida cuando estos subieron, por lo que no lograron identificarla.

“Celia me encargó buscar noticias sobre Clodomira y Lidia y recoger en La Habana dinero y documentos”.

No hubo contratiempos. Pasados unos días le entregaron el dinero y una cantidad enorme de papeles. Para despistar ante cualquier registro de los guardias —fueron muchos sobresaltos en el trayecto— hizo una bolsita para los encargos que se colgó en la cintura por debajo de la falda.

Adys, inteligentemente, no entró a la Sierra por donde salió, aunque las tropas del Chino Figueredo montaron postas por si la veían llegar, protegerla de los guardias, que establecieron un pequeño cuartel y se asentaron en la zona.

“Bueno, de ahí para arriba, llegué al primer campamento y me encaminaron otra vez para la Comandancia”.

—¿Vio a Fidel de nuevo?

—Después de caminar tanto, de subir y bajar, encuentro a un campesino que me dice: ‘¿Usted anda buscando a la gente? Fidel durmió anoche allá’, y señaló para un lugar lejos, lejos. Pensé: concho ¡qué va! Estoy más cerca de La Plata que de allá, y seguí. Fidel llegó a la Comandancia al otro día por la tarde y me dijo: ‘¿Usted supo dónde yo estaba y no fue para allá? “Me salvó el ruido de la aviación de la tiranía que pasó en una acción de reconocimiento, tuvimos que meternos en lo que le llamaban la casa de las mujeres, debajo del guano, y cuando el avión pasó Fidel dice: ‘Vamos, vamos para allá arriba’”.

“En el cuarto, sentados los dos en la cama, conversamos. Le di todo lo que traía e informé verbalmente cosas muy importantes. Cada vez que le decía algo, se levantaba y murmuraba, y así despachamos. Él era muy asequible”.

—¿Qué impresión le causó?

—Divina, la que yo esperaba.

—¿Quién era Adys antes de alzarse?

—Estudiante de la Escuela Profesional de Comercio. Me metí en esto antes de ingresar, a principios de 1955. Como co-

nocía a Gregorio Junco... empecé a ir a reuniones, a manifestaciones. A casa de Suárez Gayol llegaba, me metía para el cuarto y conversábamos.

—¿Qué la hizo tomar el camino de la Sierra?

—Desde que tuve uso de razón veía que la realidad no estaba acorde con lo que oía hablar a mi familia; además, sabía de los muertos de hambre, de los que pasaban necesidades, y aunque yo no las padeciera, estaba rodeada de gente que vivía muy mal.

Después que bajó de la Sierra, Adys estudió Enfermería y laboró por 30 años en el Hospital Naval de la capital. Trabajar en esa institución le abrió la posibilidad de cumplir dos misiones: en Siria (1973-1975) y en Angola (1979-1981), ambas en períodos de guerra.

Siempre admiró a Fidel, incluso, lo leía desde que escribía en la sección *En Cuba*, de la revista *Bohemia*. “Resultó ser como lo había imaginado. Jamás me defraudó”.

—¿Cómo recibió la noticia de la muerte de Fidel?

—A las 11:20 p.m. me lo comunican, el que me llamó lloraba. Esos nueve días de duelo me parecieron los más largos de mi vida.

Adys tuvo la oportunidad de conocer a Vilma Espín. La última vez ocurrió en 1991 en una ceremonia presidida por Fidel, en la que le entregaron la Medalla de Combatiente de la Columna Uno. Personalmente no vería más al Líder Histórico de la Revolución.

Estaba movilizada durante dos semanas en trabajo productivo, pero una crisis hipertensiva la obligó a permanecer separada de esa tarea en el pueblito de San Antonio de los Baños hasta el día de la entrega del reconocimiento.



“Cuando entré a donde se efectuaba la recepción, no me percaté de que estaba Fidel, avancé hacia el fondo hasta que vino una compañera y me dijo: ‘Adys, el Jefe quiere verte’. Cuando llego encuentro una silla vacía, me siento, estaban Vilma, Ramiro, Guillermo García, y él de inmediato indagó: ‘¿Eres hipertensa? ¿Tienes alto el colesterol? ¿No estás tomando PPG?’”.

Acto seguido dio instrucciones de que localizaran al Doctor Selman, su médico, y lo instruyó de coordinar con Adys para suministrarle el medicamento.

La vida de esta noble y sacrificada mujer, con casi 79 años, guarda muchos otros momentos inolvidables, como cuando a propuesta de Raúl fue una de las 21 personas —17 mujeres y cuatro hombres— que asistieron como delegados al Primer Congreso del Partido.

Adys regresó a Camagüey hace 22 años por padecer una cardiopatía que, por prescripción facultativa, la obliga a llevar una vida tranquila lejos de aquellos trajes de maniobras y otras acciones militares.

Confiesa que siempre ha sido de darle palos al burro donde se cae, y que no se arrepiente, a pesar de que decir la verdad le ha buscado muchos problemas en su vida. Cuba necesita muchas Adys.

